

LOURDES DOMÍNGUEZ CARRASCOSO

HONGO DE AGUA Y NOCHE

Una gota cae en el alféizar
y se rompe en mil pequeñas
que conforman un paraguas.

En los cristales, a este lado,
el terciopelo de la noche negra
de mi dolor hecho madrugada,
se borda, de repente, con puntas diminutas,
mil colores, fuegos artificiales.

El agua ha recogido de las calles
la luz entre sus enlaces,
entiendo que lo negro está muy negro,
y que vive dentro, muy dentro.
La gota de esta noche oscura
estalla en la tormenta del tormento,
y, antes de que el día me la oculte,
mi diafragma se abre y lanza,
cual medusa, inútiles deshechos.

LE DEJÉ ORDENAR MIS LIBROS

Le dije que sí por cobardía,
no pude decirle que no.
Me dolía más su daño que el mío.
En duelo a muerte de voluntades,
la suya fuerte, valerosa,
despiadada, inflexible,
y la mía, allá, en el fondo,
diminuta, nada, mansa,
a merced de mi Cid Campeador.

El mundo para valientes
me echó
a las fronteras del infierno
en el que se convirtió mi casa
cuando llevó mi biblioteca al salón
y ordenó mis libros por tamaños.

ROCA QUE EL MAR EMBISTE

Fui esa roca que el mar embiste,
que el musgo reviste,
útil aposento del liquen.

El vaivén de las olas la ciñen,
las tardes de verano con espuma le dicen
que recoja sus lágrimas tristes.

Soy todo eso, y algo más,
lo que quede cuando la erosión me desplome
y caiga al fondo con las otras rocas,
ciudades de nécoras y percebes,
ausentes del agua,
de la plenitud del roce.